Núm. 58.





LA RENEGADA DE VALLADOLID.

PRIMERA PARTE



E LA MARAVILLOSA HISTORIA, QUE SE CON-
ne en este gustoso tratado, que declara, como una muger
tural de Valladolid, llamada Agueda de Azevedo, siendo
útiva cuando se perdió Buxia, negó la ley de Dios nuestro
Señor, y se casó con un Moro, habiendo vivido
27 años en la secta de Mahoma.

ECLARASE COMO DIOS LE ENVIO UN HERMANO SUYO SACER-
te, que le sirvió tres años de esclavo, sin conocerse, y al cabo de este tiem-
, por una conversacion que tuvieron, se conocieron los dos hermano, y
hermana, llorando ambos de contento.

Desde poniente á levante,
hasta el mismo septentrion,
con alta voz retumbante,
es cosa justa se cante

tal caso de admiracion.
Es caso dulce, y sabroso,
aun mas dulce que la miel,
aunque el principio espantoso,
muy terrible, y temeroso,
mas amargo que la hiel.
Y para poder decir
este caso de dulzor,
sin discrepar ni mentir,
es necesario pedir
favor á nuestro Señor.
Al cual pido humildemente,
como Padre Celestial,
que Dulcísimo y Clemente,
guie mi sentido, y mente,
para en todo bien hablar.

Comienza la Obra.

En Valladolid vivia
una Dama muy hermosa,
dotada en sabiduría,
y su padre la tenia
bien ataviada, y briosa.
Esta tenia un hermano
en gramática sapiente,
en servir á Dios muy sano:
aunque jóven, buen Cristiano,
siervo del Omnipotente.
En Salamanca aprendió
el mancebo Teologia;
y á Valladolid llegó
un Capitan, que envió
nuestro Rey para Buxia.
El Capitan se hospedó
enfrente de la Doncella;
y una mañana la vió,
y asi como la miró
se encendió en amores della.
El Capitan le enviaba
muchos villetes, y cosas,
que nadie lo barruntaba,
y tambien le presentaba
ropas, y joyas costosas.
La Doncella le rogó,
que en tal cosa no pensase,
y las joyas le envió,
y mucho le suplicó,
que sus puertas no rondase.
Que es Doncella muy honrada,
de buen linage, y parientes,
y que será maltratada
de su padre, deshonrada,
y afrentada de las gentes.
El Capitan encendido
en esta hermosa Doncella,
de sus amores herido,
promete ser su marido,
y de casarse con ella.
La Doncella concedió,
con tal que con ella case,
y una noche la sacó,
y á Peñafiel la llevó,
sin que nadie lo pensase.
A Buxia la llevó,
gozando de su hermosura:
mas su placer no duró,
que presto le derribó,
la fortuna su ventura.
Y es, que los Moros cercaron
á Buxia con presteza,
y á la fuerza se entregaron,

y entre los presos hallaron
esta Dama de lindeza.
Y como un Baxá la vió
hermosa, moza y dispuesta,
á ella se aficionó,
y para sí la admitió,
como la vió tan honesta.
Luego la metiò en la mar,
y á su tierra la llevó,
vivia en la ciudad de Ymar,
y antes de desembarcar
de amores la requirió.
Y no la pudo vencer,
por mas que la importunaba,
ella dice: Has de saber,
que nunca me has de ofender,
aunque yo sea tu esclava.
Basta mi terrible pena,
y larguísima prision,
que desde hoy se me ordena,
sujetada á tu cadena,
y ausente de mi nacion.
El Moro la regalaba,
dándole buenas comidas,
y á su mesa la sentaba,
y de amores la trataba
con palabras muy sentidas.
Dijole un dia negase
á Cristo, Sacro, Agnus Dei,
y que Mora se tornase,
y que con él se casase,
pues es tan buena su ley.
Que mas vale, que reciba
toda la ley mahometana,
y en descanso, y bienes viva,
que no verse asi cautiva,
y en tierra agena, y estraña.
Con juventud, y riqueza
renegó de aquel tesoro
de la alta, y Divina Alteza,
sin temor, y sin pereza,
y se casó con el Moro.
Veinte y seis años estuvo
metida en la mala secta:
Del Moro dos hijos tuvo,
y su mala ley sostuvo
como infernal Mahometa.
Vivia tan apartada
de Cristo, de sus tesoros,
como si fuera engendrada,
nacida, y tambien criada
continuó en tierra de moros.
Y como el Juez Soberano
se puso en la Cruz por todos,
dando remedio al Cristiano,
un Sacerdote su hermano,
le envió por santos modos.
Y es, que el Clérigo venia
de Roma de negociar,
con otros en compañía,
y en alta mar se metia,
comenzando á navegar.
Diez galeras le salieron
de Moros, por buena cuenta,
grande cerco le pusieron,
y el Navio le rindieron,
y cautivaron noventa.
El Clérigo fue llevado
á la fuerza de Moron,
de ropas desvalijado,
y fue puesto en el mercado,
donde se vendió á pregon.

El marido de la hermana,
que era su cuñado el Moro,
le compró aquella mañana,
y pagó de buena gana
por él cien zequies de oro.
El Moro no conoció
el esclavo que compraba,
y una cadena le echó,
y á su muger lo llevò,
sin saber lo que llevaba.
Habiendo Jesus juntado
los dos que bien se querian,
hermana, y hermano amado,
muchas veces se han mirado,
pero no se conocian.
Ni ella conocia á él,
ni él á su hermana mayor;
dábale vida cruel,
como renegada infiel,
que negára á su Señor.
Tres años, y ciertos dias
sirvió el Clérigo á su hermana,
sufriendo mil perrerias,
hasta que el sacro Mesias
les abrió la senda llana.
Y es que el Clèrigo con celo
invocaba cada dia
á la alta Reina del Cielo,
y rezaba por consuelo
el Rosario de Marìa.
Una noche lo acechaba
la hermana, por ver qué hacia,
y vido como rezaba,
y con devocion llamaba
á la gloriosa Maria.
En el año de sesenta
y nueve, con gran recreo,
víspera de San Mateo,
de España le pide cuenta
con entrañable deseo.
Y dijo: Dime quien eres?
Responde, no estés turbado:
tienes en tu tierra haberes?
Que si los tienes, y quieres,
bien puedes ser libertado.
Eres casado, mezquino?
Tienes hijos y muger?
Respondió: Con Dios Divino
soy desposado (aunque indigno)
en él pongo mi querer.
Y la gloriosa Maria
es mi linda enamorada.
La Renegada decia:
Déjate de esa porfia,
que tu ley no vale nada.
El buen Clèrigo calló,
como se vió en tierra estraña,
y otra vez le preguntó,
que cual oficio aprendiò,
y de dónde era de España?
Respondió muy liberal,
no con placeres, ni risa:
Es mi oficio Celestial,
y para mejor obrar
fuí ordenado de Misa.
Cada vez que Misa digo,
se baja Dios á mis manos,
es de sus Siervos amigo,
y sustento, Pan, y abrigo
es de todo fiel Cristiano.
Dijo la hermana: Ese oficio;
en tu tierra es estimado;

y él dijo: Es ejercicio,
que destierra todo vicio,
oficio el mas elevado.
Razon tienes de alabarle,
y tambien te hago saber,
que bien puedes olvidarle,
que no volverás á usarle,
si no te han de socorrer.
En qué Villa, ó qué Ciudad,
ó en qué tierra eres nacido?
No me niegues la verdad.
Respondiò con humildad,
harto triste, y afligido:
Déjame (triste de mí!)
con mi pena, y mi pasion,
que no sé dónde nací;
baste que me vea aquì
sujeto á vuestra prision:
Yo no puedo celebrar
el Cuerpo de mi Señor.
Dijo ella, sin tardar:
No me lo quieras negar,
de dònde eres, por mi amor:
Que yó en España nací,
aunque me ves aquí ahora.
Diez años, por cierto, fui
cautiva en Valladolid
de una muy rica Señora.
Pues como el Clérigo oyó
su buena tierra nombrar,
él sus mejillas regó
con lágrimas que vertió,
y comenzó á suspirar.
Diciendo: Has redoblado
mi dolor grave, y crecido,
que la tierra que has nombrado,
es do soy Beneficiado,
tambien criado, y nacido.
Comenzó de consolarle,
y aplacarle llanto, y lid,
y tornó á preguntarle,
que le dijese en què calle
vivia en Valladolid?
Respondiólc, con dolor,
harto triste y con zozobra:
Vive mi padre y Señor
junto á la Iglesia mayor,
en la calle de la Obra.
Conoces á los Rosales,
gente rica, y principal?
Dijo: Ya doblas mis males,
que esos son mis tios carnales,
y no saben de mi mal.
La Renegada que vió
las buenas señas que daba,
al hermano conoció,
y aunque lo disimuló,
el corazon le temblaba.
No hay contento que le cuadre,
mas que ver su buen hermano,
y dijo: Dime, tu padre
como se llama, y tu madre,
y tu nombre dime llano?
Llámase Juan de Azevedo,
mi buen padre, y mi Señor,
y mi madre Leonor,
por sobre nombre Salcedo;
y yo me llamo Melchor.
Una hermana has de tener
harto galana, y hermosa,
que la llegué á conocer:
di, Melchor, què se fué á hacer.

es casada, ó Religiosa?
El Clérigo respondió,
diciendo: Se fue perdida,
á padre y madre negó,
no saben quien la llevó,
ni á qué provincia es ida.
Cómo la hermana notaba
su perdicion y maldad,
al punto se desmayaba;
y el hermano bien pensaba
fuese alguna enfermedad.
El Moro no estaba allí,
que con sus hijos fue á caza,
que Dios lo permitió ási;
y despues que volvió en sí,
á su buen hermano abraza.
El hermano se apartaba,
porque no la conocia,
y la hermana lo abrazaba,
y llorando lo besaba,
y suspirando decia:
Abraza la desdichada
de Agueda de Azevedo,
la perdida y desastrada,
yo soy tu hermana cuitada,
que de Dios tengo gran miedo.
Yo soy tu hermana, que estaba
para Monja Religiosa,
yo soy de Satán esclava:
O buen Jesus! tu me lava,
que estoy de cieno lodosa.
Veinte y seis años cabales
ha, mi Dios, que te negué,
y los bienes celestiales
dejé por los temporales,
do mi alma encenagué.
Las ropas de terciopelo,
y de muy fino damasco
las arrastra por el suelo;
ya se vuelve á Dios del Cielo,
y al mundo le pone asco.
La oveja que era perdida
ya se vuelve á su Pastor:
y la que era despedida,
le duele su gran caida,
y ofensa que hizo al Señor.
Decia: Rey eternal,
yo te bendigo, y alabo,
que por restaurar mi mal,
mi propio hermano carnal
me enviaste por esclavo.
Y fue para que entendiese,
que mi alma iba perdida,
y mis pecados gimiese,
y á tí, Señor, me volviese
á gustar tu Pan de vida.
El Clérigo como viò
que era su hermana carnal,
á Dios muchas gracias dió.
y de rodillas se hincó,
diciendo: Rey celestial,
pues tomaste carne humana
por todos los pecadores,
Señor, perdona á mi hermana,
que desea verse sana,
por tornar á tus amores.
Dos mozas que en casa habia
eran idas á labar;
los hijos en compañía
del padre, que al tercer dia
han de venir de cazar.
El Clérigo confortaba

á su hermana, y la tenia,
que con un canto se daba;
y el pecho se lastimaba,
y de sí no se dolia.
Clamando dice: Do iré
á publicar mis pecados?
á quién me descubriré?
Buen Jesus, perdóname
mis graves yerros pasados.
Mi anima pecadora
presento en tus santas manos,
decia: Virgen, Señora,
sed mi guarda, y defensora
hasta tierra de cristianos.
Plegue á Dios, Virgen Maria,
mi alma goce el salario,
que antes gozar solia,
cuando rezé cada dia
vuestra Corona, ó Rosario.
El dia que lo rezaba
ganaba cien mil tesoros,
y mi alma consolaba,
y ahora la tengo esclava,
cautiva en poder de Moros.
Alma mia, la cura, y prez,
que os dieron en el Bautismo,
vuestra hermosura, y su tez,
mas negra está que la pez,
caminando hácia el abismo.
El apetito carnal
os sacò, anima mia,
del Colegio Angelical,
y os puso pasto mortal,
dándoos pena noche y dia,
quiso Dios fuese elegido
muy lejos de aquella tierra,
por Capitan su marido,
del Rey Marfuz prometido,
para ir á cierta guerra.
Sus hijos llevó con él,
que eran de muy buena edad;
permitió su Magestad,
que un hijo de un Mercader
estaba en cautividad.
Viniéronle á rescatar,
y Agueda tuvo modos
para poderles hablar,
y dióles para sacar
pasaporte para todos.
El pasaporte ordenado
hizo una carta postiza
como que se la ha enviado
su Suegra, y que la ha llamado
de la Ciudad de Alembiza,
diciendo estaba doliente,
y fatigada en su lecho:
Agueda muy sábiamente
le dá á leer á la gente,
por disimular el hecho.
Todos cuatro juntos fueron
hasta la Ciudad de Roma;
y nunca ir los sintieron,
ni perseguidos se vieron
de la gente de Mahoma.
Estando en Roma, decia
Agueda la convertida:
Este pasto es de alegria,
ablandaos anima mia,
que estais muy endurecida.
Siendo ante el Papa humillada,
dijo: Padre espiritual,
lavadme, que estoy dañada,

y me he visto abarancada
en un hondo cenagal.
Pues he visto tu presencia,
tu, como Padre sagrado,
derrama en mí tu clemencia,
y dame la penitencia
conforme á mi gran pecado.
Agueda reconcilió,
y recibió nueva vida
despues que se confesó,
y el Redentor la dejó
en el corazon herida.
Quiera Jesucristo, hermanos,
que limpiemos la conciencia,
y con pensamientos sanos
sirvamos como Cristianos
á la Divina potencia:
para que regocijados
con santa fiesta lo estén,
y vivamos descansados
con los Bienaventurados,
por siempre jamas. Amen.

FIN.

SEVILLA:
Imprenta de la Viuda de Caro.
1842.